

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y RADICALISMO DE CLASES MEDIAS: UNA REVISIÓN

Luis Enrique Alonso Benito (UAM)
Gomer Betancor Nuez (UNED)

RESUMEN

Con la extensión de los denominados valores postmaterialistas en las sociedades occidentales a finales de los años sesenta, irrumpieron con fuerza nuevos movimientos sociales que no surgían tanto de los conflictos capital-trabajo sino que propugnaban una repolitización de la vida cotidiana y unos valores diferentes que trascendían la esfera económica del trabajo. En estos movimientos fue decisiva la reconfiguración de las clases medias con el ascenso de nuevas clases urbanas y encuadradas en el sector servicios, cuyo alto capital cultural las distinguía de antiguas clases medias de cara a la politización de diferentes esferas y conflictos del mundo social. En este artículo se hace una revisión actualizada de la influencia y el papel del radicalismo de estas clases medias en el desarrollo de los nuevos movimientos sociales.

PALABRAS CLAVE: Estado del bienestar, nuevos movimientos sociales, valores postmaterialistas, nuevas clases medias.

ABSTRACT

«New Social Movements and Middle Class Radicalism: a Review». At the end of the sixties in the western societies the values denominated post-materialist extended and with them the new social movements, that burst with force. These movements arose from the repolitization of daily life and from different values, which transcendend the economic shpere of work, and not from capital-labor conflicts. In these movements was decisive the reconfiguration of the middle classes, due to the rise of new urban classes framed in the services sector. These classes were distinguished from the old middle classes in the politicization of different spheres and conflicts of the social world. In this article an updated revision of the influence and the role of the radicalism of these middle classes in the development of the new social movements is made.

KEYWORDS: Welfare State, new social movements, post-materialist values, new middle class.



INTRODUCCIÓN

Los ciclos de movilización social no pueden conceptualizarse como un simple encanto o desencanto de la ciudadanía ante lo público, que provoca, a su vez, atracción o deserción de los proyectos colectivos y con ello una expansión o contracción de los movimientos sociales —tal como teorizó en su día Albert Hirschman (1986), en un libro importante y que, por otra parte, refleja su enorme categoría humana e intelectual—, lo que supondría quedarse en la superficie del problema y en gran medida confundir el efecto con la causa. Parece, por el contrario, más productivo intelectualmente conectar la aparición de las redes de acción colectiva no controladas directamente por las instituciones políticas, sociales o económicas con el modelo histórico de crecimiento socioeconómico y observar cómo la reestructuración de ese modelo ha supuesto, casi inmediatamente también, la profunda transformación de los diferentes movimientos sociales que conoce y ha conocido la sociedad occidental.

Así, los conocidos nuevos movimientos sociales que irrumpen en las sociedades occidentales a partir de los años sesenta y setenta del siglo pasado están directamente vinculados al marco de evolución y desarrollo del Estado del bienestar. El keynesianismo, además de suponer un corte significativo con el sistema de pensamiento económico neoclásico —aunque después de un primer momento de ruptura protagonizado por el propio John M. Keynes ha venido integrándose en el corpus general de la escuela donde surgió—, ha sido el marco teórico donde se han asentado (muchas veces sin constatación expresa) los principales principios sociales que animan las políticas de intervención de los países de la economía occidental desde hace más de cuatro décadas, alcanzando la política económica con ello, gracias a este giro radical, un rango muy cercano a una «*filosofía social*» (Minsky, 1987: 96-102) que superó con mucho la simple recopilación de recetas técnicas o instrumentales, para integrar en un conjunto de argumentaciones estrictamente teóricas un grupo de auténticas propuestas de actuación capaces de armonizar los cimientos políticos del Estado capitalista con las condiciones sociales de su reproducción y con las condiciones económicas que se derivan de la acumulación.

LA EDAD DE ORO DEL ESTADO DEL BIENESTAR

El Estado que se construye a partir de los postulados intervencionistas keynesianos, eso que se viene denominando «*Welfare State*» o «*Estado del bienestar*» se constituyó como un sistema de erradicación del subconsumo social —principal factor desencadenante de la crisis del 29— mediante la consolidación de consumos improductivos (en el sentido de su situación en la producción de capital privado) y políticas sociales que afectan directamente a la reproducción de la fuerza de trabajo (Mishra, 1984 y 1990; Gough, 1982), al mismo tiempo que funcionaba también como forma de estructuración, mediación y canalización del conflicto social (si lo denominamos según la terminología funcionalista), o de la lucha de clases (si manejamos la denominación marxista).



De esta manera, el desarrollo de la democracia política y la socialización de la producción han tenido como consecuencia que el nivel político del Estado sea el lugar en el que cada vez más se desplazan las *contradicciones* económicas y sociales que tienen su origen en otros espacios o estructuras sociales. El Estado se transformó así en un conjunto de instituciones mediadoras con cierta autonomía propia, en las que se enfrentaron los intereses de las diversas partes de la sociedad. Un Estado intervencionista, por lo tanto, que se ve obligado a ir absorbiendo las contradicciones sociales y, en especial, a erigirse como el elemento principal de desradicalización y legitimación del conflicto laboral (Offe, 1990: 170 y ss.).

La institucionalización del conflicto industrial (Dahrendorf, 1979: 100 y ss.) a través de la función de arbitraje y mediación del Estado contemporáneo venía a subrayar así la complementariedad —o al menos las posibilidades de conciliación— de la acción reivindicativa sindical con el reequilibrio del sistema productivo y la estimulación de la demanda, puntos centrales de las políticas económicas keynesianas. La estabilización social y política del conflicto industrial, que garantizaba su no interferencia en el mayor crecimiento económico conocido en la historia universal, se realizaba así mediante la construcción de un sistema o «paradigma» *corporatista* que introducía una estructura política capaz de «integrar dentro del capitalismo avanzado, a los grupos socio-económicos de la producción, en un sistema de representación y mutua interacción cooperativa en el nivel del liderazgo, y de movilización y control social en el nivel de las masas» (Panitch, 1986: 136).

Estamos, en suma, en la era del capitalismo *corporatista* (Schmitter, 1990 y 1991) o, si se quiere, de la programación social del conflicto laboral (Touraine y otros, 1984: 254-259), en el que se instaura una dinámica de *cooperación negociada* (Beltrán, 1988: 147 y ss.) donde la regulación *corporatista* del conflicto y el Estado del bienestar keynesiano se funden en su origen en una especie de acuerdo implícito o *compromiso de clase* (Przeworski, 1988) expresado en un *pacto asimétrico*, entre capital y trabajo —el famoso *pacto keynesiano* (Anisi, 1988)—, presidido por la aceptación inevitable, por parte del trabajo, de la lógica de la ganancia y del mercado como principales guías de la asignación de recursos a nivel *micro*, a cambio de participar en la negociación de la distribución del excedente social a nivel *macro* (Galbraith, 1989).

El Estado keynesiano suponía así una politización de la economía directamente ligada a una mercantilización de lo político, en cuanto que un entramado complejo de organizaciones compiten directa o indirectamente por *condicionar* a los ciudadanos/votantes de acuerdo con sus fines económicos, políticos y sociales movilizando para ello, a su vez, un enorme potencial de recursos económicos, estratégicos y comunicativos (Galbraith, 1983: 197 y ss.). Estado intervencionista desmercantilizador —en cuanto que crea espacios sociales no presididos por la lógica estricta de la mercancía y la ganancia—, democracia competitiva de partidos, crecimiento económico, políticas de pleno empleo, institucionalización del conflicto, etc. (Offe, 1990), son así los ejes de estructuración y desarrollo de *la sociedad opulenta* de los años sesenta.

Paralelamente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, las condiciones *técnicas de la producción en masa* son sensiblemente variadas por la introducción de principios de semiautomatización y cibernización de la cadena de montaje. La



rutinización impuesta por Ford hace posible ahora la introducción de máquinas-herramientas especializadas diseñadas para aumentar la rapidez, la precisión y la sencillez de las operaciones. La automatización permite regular, dirigir o controlar, sin la intervención humana directa, el funcionamiento de segmentos muy importantes de la cadena de ensamblaje, con rápidos incrementos de productividad como efecto de tal proceso (Sabel, 1985: 58 y ss.).

El consumo en esta fase del capitalismo cambia el sentido de su implantación, en la etapa de entreguerras el fordismo clásico había organizado la esfera del consumo como una simple extensión del sistema de relaciones laborales que cristalizaba finalmente en un consumo disciplinado *exteriormente* por los dictámenes productivistas patronales. Sin embargo, esta primera etapa de transición sólo sirvió para asentar los cimientos de lo que posteriormente vendría a convertirse en un sistema social de *determinación interna de las necesidades* (según la clásica diferenciación Riesman, 1981), derivado de la tendencia a la modificación de los requisitos principales de la realización del valor y de la creación de un mercado de consumo de masas.

Aparece así una *cultura de consumo*, ideológicamente condicionada, universalmente asentada y mayoritariamente aceptada, así como *tecnológicamente soportada* por los medios de comunicación social, potenciados al máximo. Es precisamente en este período histórico cuando el consumo y el ocio pierden su sentido estrictamente *privado*—espacio y tiempo controlado personalmente, ya sea por el propio individuo, ya sea por los controles físicos y directos del capitalismo decimonónico o de los inspectores fordistas—, para pasar a ser un grupo de actividades socialmente *regulado* por un conjunto de aparatos ideológicos, económicos y políticos, que reproducen con cierta autonomía, en el campo de los intercambios mercantiles y simbólicos, la dinámica de expansión de la producción en masa. El consumo, por lo tanto, se *normaliza y estandariza* siguiendo las pautas que se derivan de las mismas *necesidades técnicas* del proceso de trabajo y de la estructura de producción que este en definitiva genera. Se asienta así definitivamente lo que el economista francés Michel Aglietta (1979) ha denominado una «*norma social de consumo obrero*», designando con ello una nueva estructura de consumo masivo basada en la adquisición de los antiguos bienes de subsistencia única y exclusivamente en su forma mercancía (alimentación, consumos corrientes en general) y en la propiedad individual de nuevas mercancías (automóvil, electrodomésticos, consumos duraderos, etc.) que antes o no existían o si existían habían sido consumos suntuarios de las clases acomodadas, aunque, como es natural, estas mercancías ahora están debidamente «abaratadas» y «normalizadas» por las grandes series.

Esta noción de *norma de consumo de masas*, si bien en su visión más descriptiva—definida como una serie de bienes y servicios que constituye el patrimonio permanentemente renovable de una familia, para construirse míticamente como *normal*, o, si se quiere, de *clase media*—, fue puesta en circulación por la sociología académica norteamericana, más o menos crítica, de los años cincuenta—Riesman (1969 y 1981)— con el nombre de «*standard package*» (equipamiento tipo). Allí se insistió sobre todo en su labor de *integración social*, según el propio Riesman: «El equipamiento tipo es a la vez expresión y expansión en tanto que representa la integración del individuo en la sociedad y que, una vez comprado y pagado, permite



ambicionar nuevos objetivos para un futuro que permanece abierto» (Riesman, 1969: 66). Lo que implicaba, de hecho, la formación, a nivel de consumo, de una mítica y desmovilizada «forma de vida» de clase media, centrípeta ideológicamente, en cuanto que el discurso ideológico dominante remitía a la formación de unas enormes clases intermedias a las que tiende toda la sociedad y en las que el capitalismo encuentra su equilibrio y la capacidad de desradicalización del conflicto.

El modelo de desarrollo del fordismo maduro generó, a la vez, la aparición de nuevas *clases medias funcionales* (Ortí, 1987) o clases de *excedente* (Nicolau, 1972) —basadas en la formación de niveles intermedios de profesionalización encuadrados en el aparato burocrático destinado a posibilitar la circulación, realización y reproducción mercantil posibilitada por los aumentos de productividad en el sector productivo/material de la economía—, a la vez del declive de las *clases medias patrimoniales* (basadas en la pequeña propiedad). Lo que ayudaba a conformar esa imagen romboide de la estratificación social de las sociedades industriales avanzadas, que tanto entusiasmaba a los sociólogos funcionalistas, y que tanto significaba en la transformación de las viejas tradiciones —tanto de las representaciones colectivizantes del movimiento obrero como del puritanismo y conservadurismo de la vieja burguesía o la pequeña burguesía— en unos nuevos valores, basados en las imágenes creadas por el consumo, el narcisismo, el confort, la promoción social o la misma cultura del signo.

Es en este proceso donde los medios de comunicación juegan un papel fundamental: son a la vez elemento de fragmentación, individualización y desarticulación de los «modos de vida» creados a partir de las experiencias colectivas cotidianas, a la vez que impositores de un orden simbólico mayoritario, unificado según los criterios de la producción y consumo de masas y políticamente establecido en un punto en el que la identificación personal y la integración social se funden.

La *privacidad* se rompe en mil pedazos, quebrada por el impacto de unos medios que *interconectan sin comunicar* al individuo con los centros mismos de reproducción de la dominación política económica, social y cultural. Lo «público» y lo «privado» quedan de esta manera disueltos en un «continuo» sólo identificable por sus referencias a las lógicas simbólicas del capitalismo mercantil. Como ha señalado Jürgen Habermas, los medios masivos de comunicación rompen la vieja individualidad burguesa reemplazándola por la dominación comunicativa global de formas corporativas dentro de las cuales la discusión no es pública, sino que de manera creciente queda limitada a los técnicos y burócratas. La cultura de masas se convierte en una cultura de *consumidores*, de espectadores aislados que deben ser entretenidos, antes que de ciudadanos autónomos y soberanos (Habermas, 1982).

A esta *cultura de consumo* habrá que añadirle la *remodelación de los aspectos formales de los valores de uso* adaptándose a las necesidades de circulación de capital. El principio automático se proyecta sobre la forma/objeto flexibilizando y acelerando la nueva lógica del maquinismo en los modos de vida. Si Ford inauguraba la era *racionalista* del consumo de masas, Alfred Sloan desde la General Motors abriría la era definitivamente *opulenta* del objeto de consumo. El juego es ahora el del rápido disfrute y cambio de apariencias, el de la obsolescencia planificada, el del *styling* y *restyling* permanente de los modelos, el de la mostración de la opulencia, y, en una



palabra, el de la sustitución de la funcionalidad técnica por *la imagen de marca* como criterio básico de diseño industrial (Alonso, 1989). Del objeto desnudo y geométrico, de ascético corte productivista, que salía directamente de las cadenas de montaje clásicas, se pasa al bien/signo, suavizado y redondeado en su apariencia, de corta vida, modificado constantemente en sus aspectos accesorios, donde su utilidad debe quedar siempre y de todo punto subordinada a su potencialidad económica. Este objeto *señuelo*, en suma, trata de *explotar las fantasías del consumidor medio*, utilizando el *deseo* y no la necesidad como motivación fundamental de la demanda (Lasch, 1982).

Este es el cuadro que enmarca la aparición de los nuevos movimientos sociales de los sesenta. El Estado del bienestar keynesiano, el corporatismo político y económico, la producción en masa, la sociedad de consumo y la expansión del universo mercantil, el ascenso de las nuevas clases medias funcionales, la intervención y estabilización pública de los mercados de trabajo, etc., fueron las características que determinaron la aparición de tales movimientos, que surgían precisamente de la tensión estructural y los límites de legitimidad de ese modelo de crecimiento. Y sus características, por lo tanto, hay que entenderlas remitiéndose a él.

Así, los nuevos movimientos sociales nacidos en los sesenta precipitan en sus contenidos siguiendo milimétricamente las clásicas líneas de coherencia que en su día enunció Alain Touraine (1969) para todo movimiento social, y que ya se han convertido en clásicas: *identidad, oposición y totalidad*. Dichos movimientos recogieron las nuevas identidades grupales generadas *transversalmente* por el sistema de producción en masa y la socialdemocratización política y material de las sociedades occidentales, para expresar y oponerse a las limitaciones del sistema liberal democrático canalizando las nuevas demandas sociales y la incapacidad de los partidos políticos para encauzar, generar o atender las nuevas solidaridades que se presentan hacia el Estado. Y la principal característica de este nuevo talante (que podríamos considerar como su principio de totalidad) fue la oposición global y absoluta al modo de vida político, económico y social generado por la sociedad industrial avanzada, aspirando a «cambiar la vida» con un sentido alternativo de la organización del tiempo y una ambición de universalidad en sus propuestas prácticamente absoluta.

No es de extrañar, de esta manera, que fuera el pensamiento frankfurtiano el principal referente cultural en el nacimiento de estos nuevos movimientos, al pretender «multidimensionalizar» y «desburocratizar» a ese hombre unidimensional marcussiano, preso del consumismo y la alienación, esclavo de la dominación tecnocrática. La famosa antinomia enunciada por Umberto Eco a finales de los años sesenta recogía perfectamente esta situación al presentar *apocalípticos frente integrados*, tratando de reflejar una situación en que «mientras los apocalípticos sobreviven precisamente elaborando teorías sobre la decadencia, los integrados raramente teorizan, sino que prefieren actuar, producir, emitir cotidianamente sus mensajes a todos los niveles. El Apocalipsis es una obsesión del *disentir*, la integración es la realidad concreta de aquellos que *no disienten*. La imagen del Apocalipsis surge de la lectura de textos críticos de la cultura de masas; la imagen de la integración emerge de la lectura de textos *de* la cultura de masas» (Eco, 1990: 28).

Así, desde la perspectiva de lo que se llamó «nueva izquierda», la acción colectiva se teorizaba desde una perspectiva absolutamente *esencialista*, según la cual



toda movilización se convertía en la expresión de la necesidad histórica de *liberación*. El «gran rechazo» ético (Marcuse; 1969b) se fundaba tanto en una reactualización del freudomarxismo como en la utilización de la dialéctica hegeliana para invocar la negación necesaria y trascendente de un sistema de dominación económica, política y social que manipulaba y cosificaba hasta la misma estructura libidinal del individuo (Arvon, 1978).

En esta presentación la potencia del «sistema» era de tal calibre que tenía capacidad para asimilar permanentemente la protesta y mercantillarla hasta fagocitarla y desarticularla; de hecho, la clase obrera ya había acabado integrada en ese infernal círculo de consumo y represión, y la única esperanza quedaba en una serie de sujetos descentrados que expresaban los *instintos* mismos de la liberación y de la lucha contra la *sobrerrepresión*, en palabras del propio Herbert Marcuse: «Pero mientras la imagen del potencial libertario de la sociedad industrial avanzada es reprimida (y odiada) por los administradores de la represión y sus consumidores, aquella motiva la oposición radical y le confiere un carácter extraño y heterodoxo. Muy diferente de la revolución en anteriores etapas de la historia, esta oposición se dirige contra la totalidad de una sociedad próspera y que funciona bien; es una protesta contra su Forma: la forma-mercancía de hombres y cosas, contra la imposición de falsos valores y de una falsa moralidad. Esta nueva conciencia y la rebelión de los instintos aíslan tal oposición respecto de las masas y de la mayor parte de las organizaciones obreras, la mayoría integrada, y propician la concentración de la política radical en minorías activas, principalmente entre la joven *intelligentsia* de clase media y entre los habitantes de los ghettos. Aquí antes que toda estrategia y organización política, la liberación se transforma en una necesidad vital, biológica» (Marcuse, 1975: 56).

Pero la situación del primer desarrollo de los primeros movimientos sociales de los sesenta, hasta ahora descrita, antes de ser presentada como una «nueva épica de la transformación marginal» —la nueva marginalidad cantada por la *contracultura «marcusiana»*— debe ser considerada como un conjunto de procesos de cambio mucho más discontinuos, presididos por su puntualidad, su fragmentación y su permanente estado de latencia, pero que, sin duda, abrieron y abren «un nuevo espacio político que se crea más allá de la distinción tradicional entre Estado y sociedad civil: un espacio público intermedio» (Melucci, 1987: 156). En este ensanchamiento del espacio público fue donde se vino fraguando el, tan famoso ya, «nuevo paradigma político» (Offe, 1988: 167 y ss.) en el que, frente a la tendencia dominante del «viejo paradigma» —asentado en el consenso sobre el orden social, político y económico que inseparablemente unidos se articulan en torno al modelo democrático liberal de participación política y en la intervención social del Estado keynesiano—, fueron apareciendo *iniciativas ciudadanas*¹ que reclamaban ser

¹ El término de iniciativas ciudadanas o iniciativas populares se remonta a los trabajos sobre el tema de Claus Offe a principios de los años setenta y lo maneja para reflejar aquellas acciones que se orientan hacia una mejora de ámbitos de necesidad que no se corresponden con la reproducción de la fuerza de trabajo en términos de adquisición de bienes individuales, sino en términos de consumos colectivos y cuyas formas de funcionamiento autoorganizativo no están previstas en el ordenamiento institucional del





reconocidas como *interlocutores* políticos —aunque no lo eran en el sentido formal del término político— por el resto de la sociedad, sin que sus formas de acción gozasen de la legitimidad conferida por las instituciones políticas establecidas, al mismo tiempo que trataban de llegar a la consecución de objetivos cuya obtención llevaría asociados efectos vinculantes para el conjunto de la sociedad y no tan sólo para el grupo de protagonistas de la acción (Offe, 1988: 176).

Esto suponía de hecho la aparición de toda una nueva gama de demandas fundadas en la percepción de necesidades basadas en *valores postmateriales*², que podemos denominar aquí como *necesidades postadquisitivas*³, que de ningún modo podían ser satisfechas por el sistema de mercado; muy por el contrario, respondían a un sistema de valores que difícilmente podía ser reducido al típico *individualismo posesivo* omnipresente en el mercantilismo burgués (Macpherson, 1979). Así, si se enfoca el tema desde un punto de vista subjetivista y siguiendo la teoría de la escala ascendente de necesidades de Abraham Maslow (1975) —según la cual cualquier cota alcanzada en la satisfacción de necesidades actualiza una nueva categoría cualitativa de aspiraciones—, una vez asegurados por el Estado del bienestar y la producción en masa los niveles básicos de las necesidades materiales, orientadas a asegurar económicamente la vida social, irrumpen con especial fuerza aspiraciones postmateriales basadas en valores político-morales, éticos, estéticos o afectivos que no forzosamente deben ser satisfechos por el mecanismo de mercado, sino por instancias políticas, cívicas o administrativas. Nuevas necesidades dan lugar a nuevos movimientos sociales e iniciativas ciudadanas, que no responden a aspiraciones adquisitivas individuales, sino a *necesidades postadquisitivas colectivas* (derechos civiles, servicios públicos, conservación de la naturaleza, reivindicación de la identidad de grupos adscriptivos —mujeres, grupos étnicos, grupos con experiencias vitales diferenciadas—, propuestas de desarrollo alternativas, reconceptualización de la relación con el propio cuerpo y la sexualidad, etc.).

Necesidades, pues, que son percibidas por instancias grupales que no pueden ser reducidas a grupos que cumplen una función económica —en la división del trabajo—, sino, como apuntan Heller y Fehér (1985 y 1989), como colectivos que tienen una serie particular de solidaridades y afinidades sociales. Los nuevos movimientos sociales recogieron así y codificaron, dentro de un ámbito *metapolítico*, que remitía a nuevas líneas de cohesión comunicativas y simbólicas (Marramao, 1989: 59 y ss.) —lo que suponía no tanto la superación como la difusión, diseminación y, sobre todo, la hipercomplejidad del espacio político—, las expectativas creadas por la mediación social del Estado del bienestar en ciertos grupos sociales y que, asociados a

sistema político. Para un análisis detallado ver Colom y Mas (1988: 253 y ss.); una interesante posición crítica a las tesis de Offe la desarrolla Elías Díaz (1984: 219 y ss.).

² El concepto de valores postmateriales ha sido uno de los más utilizados —y más controvertidos— en la sociología y la ciencia política contemporáneas. Sus referencias clásicas son Inglehart, (1977 y 1991).

³ Para el tema de las necesidades postconsumistas o postadquisitivas en la formación de expectativas de los nuevos movimientos sociales ver Riechmann (1991) y Alonso (1998).

los déficits de legitimidad, motivación y credibilidad de la potente máquina política democrático-liberal, fraguaron en permanentes estados de expectación colectivos que expresaban necesidades percibidas, no encauzables en las fronteras del mercado —es decir, «*postmercantiles o postadquisitivas*»—, enfrentadas al juego de partidos tradicional —en ese sentido «*postpolíticas*»— y que llegaron a cristalizar en situaciones activas orientadas a tareas colectivas (consecución de derechos, autonomía, reconocimiento, servicios, información, denuncia o conservación), con la característica de que en ciertas condiciones, percibidas por los respectivos grupos de referencia como hostiles, tendieron a crear momentos abiertos y descarnadamente conflictivos.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LOS VALORES POSTMATERIALISTAS

Es en este marco donde se pueden entender las crecientes protestas en torno a la protección del medio ambiente en los países desarrollados, ya que se extienden con mayor fuerza los valores postmaterialistas, que dan menos importancia al crecimiento económico y más a la calidad de vida y los valores medioambientales, debido en gran parte a que la educación se ha difundido más y la información política se ha intensificado, de tal forma que «el surgimiento del movimiento ecologista no se debe únicamente al hecho de que el medio ambiente está en peor estado (...). Este desarrollo ha tenido lugar, en parte, porque la población está más sensibilizada en lo que respecta a la calidad del medio ambiente de lo que estaba hace» varias generaciones (Inglehart, 1991: 421).

En relación con estos nuevos valores que mediatizan las sociedades postindustriales, Mathieu ha recogido algunos rasgos comunes de los Nuevos Movimientos Sociales (en adelante NMS), que se pueden sintetizar en los siguientes: realización de la propia identidad, politización de la esfera privada, viva atención a la dimensión corporal y sexual, un interés por los márgenes y la desviación, un deseo de autonomía e independencia respecto del Estado y lo que se consideran sus estructuras de control social, un fuerte acento sobre la solidaridad, la espontaneidad, la participación directa, el rechazo a las jerarquías y la delegación de poder y una dimensión utópica regresiva con componente religioso (Mathieu, 2004).

Los NMS pugnan por valores culturales más que económicos y de seguridad material. Offe (1988) identificó en la aparición y difusión de estos *nuevos valores* un nuevo paradigma político no sujeto, de manera absoluta, a la democracia competitiva de partidos o a la lucha económica de clases. Lo que hace predominar estos valores postmaterialistas no es el nivel económico de los individuos y las sociedades, sino la sensación de seguridad que tienen los ciudadanos, lo que les permite preocuparse prioritariamente de temas *no materiales* (Inglehart, 1991: 62).

El contenido común de las luchas de estos nuevos movimientos se sustenta, siguiendo a Gorz (1995), en la aspiración de los individuos y de las comunidades a recuperar su soberanía existencial, el poder de determinar su vida en su comunidad. Estas luchas contra la profesionalización y la tecnocratización son formas peculiares de una nueva narrativa de la emancipación que se focaliza más hacia la esfera cultural.



Las novedades en la morfología de la acción colectiva de estos actores, con este cambio de valores, son el mayor énfasis en la búsqueda de una identidad propia y la pérdida de relevancia del conflicto económico y de clases. De modo que los NMS no movilizan tanto a sus simpatizantes como resultado de su ubicación en la estructura social como en los valores nuevos que propugnan. Lo cual implica una politización de los mundos de la vida cotidiana de estos actores, como la sexualidad, la igualdad, la convivencia pacífica, lo que lleva a desafíos al orden establecido más tangenciales y limitados en alcance (Casquete, 2001: 194 y ss.)

El objetivo de los NMS era, pues, desarrollar formas de contrapoder de base para transformar el mundo social desde la base. «Se trata de estrategias de autorregulación colectiva que tienden a devolver poder a la sociedad en lugar de concentrarlo en el Estado» (Riechmann y Fernández Buey, 19994: 62). Politización de la vida cotidiana y el ámbito privado, con el intento de desarrollar formas alternativas de convivencia, producción y consumo en una sociedad diferente, en un intento de reapropiación del tiempo y de la vida cotidiana. En estas nuevas formas de militancia política, además de la penetración de nuevos valores que se orientaban hacia el postmaterialismo, influían decisivamente el empuje de nuevas clases medias urbanas con una creatividad cultural imponente que se reflejaba en acontecimientos como el Mayo del 68 parisino y con un capital cultural y político mayor debido en modo importante a las mejores condiciones de bienestar social surgidas tras dos décadas de crecimiento después de la Segunda Guerra Mundial.

La *revolución de los «derechos crecientes»* —como la ha denominado Daniel Bell (1977)— creaba una «cultura a la contra», como el mismo Bell también la ha llamado, repleta de expectativas crecientes y necesidades «desbocadas», lo que en buena medida suponía la expresión activa de destrucción que hace el Estado intervencionista de los valores, necesidades y sistemas de control social genuinamente capitalistas, hasta tal punto que el Estado del bienestar al desmercantilizar partes fundamentales de la reproducción capitalista, sobre todo en lo que se refiere a sus políticas de seguridad y asistencia social, desplazaba los derechos de propiedad por los derechos de ciudadanía, erosionando así los principales mecanismos de incentivación (o visto desde el otro lado: de disciplina) capitalista, muy especialmente la inseguridad que preside el mercado de trabajo capitalista y que bajo la forma de ejército de reserva ha sido la habitual forma de controlar el precio y la disponibilidad de la fuerza de trabajo.

Se crearon, por tanto, dinámicas reivindicativas alternativas fuera de la dinámica conocida de la lucha económica de clase, ya que los nuevos movimientos sociales no reprodujeron tanto una acción o un comportamiento finalista de clase como que fueron el producto de un conjunto total de acciones cristalizadas en ellos. Acciones que desmercantilizando parte del espacio social crearon nuevos sujetos y estados de expectación, donde se expresaban necesidades imposibles de reducir a la homogeneidad interna de la clase económica. No obstante, las acciones clásicas de la lucha de clases son fundamentales tanto en el origen como en la demarcación del contexto de actuación de los nuevos movimientos sociales, pues en buena medida están producidos y hegemonizados por grupos activos surgidos dentro de las nuevas clases medias en un contexto socioeconómico creado por la acción de la clase obrera en el Estado corporatista keynesiano.



Los nuevos movimientos sociales se presentaban así como un fenómeno genuino de lo que el sociólogo británico Frank Parkin denominó en su día como *radicalismo de clase media* (Parkin, 1968). Esto no quiere decir que los nuevos movimientos sociales estuviesen cerrados a otras clases o estratos sociales; todo lo contrario, en muchos casos se basaron sobre las movilizaciones de los grupos sociales más débiles o sojuzgados de la sociedad del momento (minorías étnicas, sujetos marginados o excluidos del mercado de trabajo, etc.), pero los que le dieron coherencia, ideología y entidad por encima de la simple explosión insurreccional fueron los intelectuales universitarios de la nueva clase media (Entzióni, 1980).

Como dice el historiador norteamericano Norman Cantor al concluir el estudio de los movimientos de protesta de los años sesenta: «Si en la revuelta estudiantil existió una base clasista, hay que buscarla en el carácter peculiar de la clase media suburbana, que podría brindar seguridad a sus hijos, pero no poder. El ímpetu del radicalismo estudiantil nacía del deseo de poder que se manifestaba en esa nueva clase, la cual no había tenido todavía mucha oportunidad de ocupar en la sociedad posiciones rectoras» (Cantor, 1973: 382). Lo que, utilizando la muy conocida teorización de Lenski (1969), se puede argumentar como que la hegemonía ideológica de los movimientos era tomada por grupos o comunidades estratificacionales de la nueva clase media en situaciones de *inconsistencia o baja cristalización de estatus*, que apelaban como principal fermento de movilización a uno de los recursos que había generado, de hecho, el Estado keynesiano, *la ciudadanía social*, en el sentido del reconocimiento de *titularidades* —entendidas como las capacidades reconocidas por los grupos de disponer legítimamente de servicios sociales—, o, si se quiere, de *opciones vitales*, que esta ciudadanía otorgaba (Dahrendorf, 1990).

COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS NMS: EL RADICALISMO DE LAS NUEVAS CLASES MEDIAS

Los NMS se teorizaron por algunos autores destacados como acciones de las nuevas clases medias radicalizadas en aras de la identidad y un mayor reconocimiento de titularidades democráticas específicas (Offe, 1988). Aunque la composición social era heterogénea, predominaba un grupo social: los profesionales de los servicios sociales y culturales, asalariados pertenecientes a las nuevas capas medias. Específicamente, las bases sociales de los NMS europeo-occidentales se componían de tres segmentos de la estructura social: 1) una parte de las nuevas capas medias, especialmente aquellos segmentos que trabajan en profesiones de servicios sociales y culturales y/o en el sector público, 2) elementos de la vieja clase media pertenecientes a las profesiones liberales o al campesinado, 3) sectores de la población al margen del mercado de trabajo o en una posición periférica respecto a él, tales como parados, estudiantes, amas de casa, jubilados.

En este sentido, una condición social que se sigue cumpliendo es que favorece la radicalización de estos grupos, tanto su permanente exposición a mecanismos de supervisión, exclusión y control social como la disponibilidad de mayor tiempo libre (Riechmann y Fernández Buey, 1994: 80 y ss.). Esta realidad se ve en la obra de



Parkin que funda las tesis radicalistas, basado a partir de un estudio de caso de la composición social de un movimiento antinuclear en Gran Bretaña, el Movimiento por el Desarme Nuclear (en inglés *Campaign for Nuclear Disarmament*).

El autor lleva a cabo una conexión entre la alta educación formal y puntos de vista radicales, que en un período de agitación estudiantil moviliza a las clases medias con capital cultural medio-alto:

The reason for the propensity of the educated middle class to exhibit somewhat different behavioral traits to nonmanual in general is perhaps, as already suggested, related to the liberalizing effects of higher education, particularly in its emphasis on the adoption of analytical attitudes and a questioning frame of mine» (Parkin, 1968: 178).

En este sentido, ese radicalismo «puede estar relacionado con experiencias generacionales: los que hoy por hoy forman parte de las nuevas clases medias se expusieron a una particular combinación de condiciones sociales relacionadas con el final de la Guerra Fría y la extensión entre las clases medias de una prosperidad económica sin precedentes» (Della Porta y Diani, 2011: 84-85).

Estas nuevas clases medias han sido capaces, por los recursos que tienen y por la posición que ocupan en los nuevos sistemas de estratificación social, de desempeñar un rol central en los nuevos conflictos, tanto en la participación en los mismos como en los discursos y significaciones sobre ellos. De modo que no hay una base estructural de participación de las nuevas clases medias en los conflictos, pero sí está demostrado que la pertenencia a esos estratos facilita la adopción de intereses favorables a la participación pública y supone la disposición de recursos de capital político y militante mayor que otros estratos sociales. Y este capital cultural incide positivamente en fomentar un conjunto de valores igualitarios y antiautoritarios que se interiorizan e incluso están sobrerrepresentados en algunos sectores juveniles de las nuevas clases medias (Inglehart, 1991).

Asimismo, quienes ocupan las posiciones más altas en los grupos comprometidos en este tipo de actividades no sólo han adquirido educación superior y pertenecen a la clase media, sino que también han adquirido determinadas competencias que revierten en el trabajo del grupo. Kriesi muestra así en los nuevos movimientos sociales que analiza que hay ciertas continuidades en la relación positiva entre las clases medias con educación superior y su participación política (convencional y no convencional) (Kriesi, 1988: 1992).

Ciertos grupos de las nuevas clases medias expresaron así su propia situación *contradictoria* entre trabajo y capital (Carchedi, 1977; Whright, 1983 y 1985), situación en que además se fundían una compleja maraña de situaciones laborales o profesionales amenazadas muchas veces por una *descualificación* activa provocada por el avance de la estandarización y normalización de los métodos de trabajo industriales hacia el sector servicios y al trabajo de «oficina» en general (Braverman, 1974). La protesta de los sesenta se enfrentaba tanto al *obrero deferente* (Newby, 1979), socializado y disciplinado en el sistema de producción y en la norma de consumo fordista, como contra la *élite del poder* (Mills, 1963) en la que «los señores de las corporaciones»,



unidos en un indestructible círculo de control público y privado, dirigirían todas las decisiones de la sociedad en interés propio.

CONCLUYENDO

La *sociedad masa* (Giner, 1979) sería, pues, el resultado de la degradación de los medios de expresión democrática de los ciudadanos, de la formación de la opinión pública política y mercantil por los anestésicos medios de comunicación, del dominio técnico de lo social, de la autonomía real de los individuos, etc. La sociedad masa, en suma, sería una caricatura burda y aterradora de la sociedad civil en beneficio de unos fines muy minoritarios y el objeto favorito de crítica de los movimientos sociales de los sesenta. El honor estamental weberiano típico de la clase media: conformismo, puritanismo, cierta ostentación adquisitiva, desprecio del trabajo manual, rechazo de la cultura de lo colectivo y lo solidario..., era subvertido y ofrecido de una forma casi simétrica en su negatividad como alternativa cultural por estos nuevos agentes que provienen, precisamente, de situaciones en la pirámide social que, como dice Carchedi (1977), ejercen al mismo tiempo la función de trabajador colectivo y la función global del capital.

No es extraño, por ello, que buena parte de estas movilizaciones tratasen de poner en claro los *límites sociales del crecimiento económico* (1984), en el sentido que ha hablado de ellos Fred Hirsch, es decir, en la imposibilidad de generalizar un modo de vida basado fundamentalmente en el consumo de *bienes posicionales*, esto es, bienes individuales que denotan una jerarquía en la pirámide social —de su generalización surge el atasco, la congestión, la destrucción del medio ambiente, la desvalorización del bien para todo el mundo, el lujo si se democratiza deja de ser inmediatamente lujo—, y su sustitución por *bienes relacionales o comunitarios* donde el consumo conjunto no desvaloriza ni su utilidad ni su uso social, sino todo lo contrario, el consumo pasa de tener un carácter directamente *defensivo* —forzado por la necesidad de hacer presente la posición social— a un carácter público *creativo*, produce la satisfacción o gratificación colectiva (Esteve, 1991). Que no es otra cosa que enunciar de manera diferente la célebre tesis de Habermas (1987: 555 y ss.) de que los nuevos movimientos sociales no se situaban en la simple esfera de la distribución económica, conflicto principal instituido por la mediación del Estado social contemporáneo, sino en la defensa de lo que, recogiendo el concepto de la sociología fenomenológica, se ha denominado *mundo de la vida* contra la erosión y colonización de los poderes económicos o políticos.

Y esa *base relacional* fue en buena medida lo que constituyó el bloque principal de los repertorios de demanda y actuación de los movimientos sociales de los sesenta —comunicación, educación, libertad de acción, igualdades de todo tipo, desmercantilización de la vida cotidiana, etc.—. Frente a la idea de la «*modernización sin fin*» o el «*crecimiento sin límites*» (Beriaín, 1990), promulgada por las escuelas y autores más convencionales, los nuevos movimientos sociales no apostaron por «más de lo mismo», sino por un modo de vida «diferente» —era pedir una reorientación cualitativa donde se ofrecían aumentos cuantitativos—, muy en consonancia con



una radicalización de las expectativas vividas por las nuevas clases medias funcionales. Pero si una estructura social y un modelo de crecimiento fueron indispensables para que se diera todo este fenómeno, el cambio de estos elementos sostenedores ha hecho cambiar también el sentido y la implantación de los movimientos sociales.

Ese es gran parte de su legado que nos llega hasta hoy. Esas acciones de las nuevas clases medias radicalizadas para reclamar utópicamente su identidad y un mayor reconocimiento de la titularidades democráticas en este sistema presentado como fundamentalmente integrador y estabilizador de los conflictos tradicionales del capitalismo sólo se pueden entender actualmente en un marco creciente de riesgos globales donde es notorio un desmantelamiento creciente del bienestar social, lo cual ha reestructurado otra vez las acciones de estos nuevos movimientos hacia un pragmatismo a medio plazo, que por ende es más realista en sus planteamientos.

Como se ha manifestado en otro lugar, los nuevos movimientos sociales mantienen la ambivalencia ideológica de su doble construcción social y política, a la vez como expresión de límites de la izquierda tradicional, apertura a una condición social más plural no reducida a la redistribución económica y también como expresión de nuevos conflictos derivados de los cambios en los procesos políticos. Sin embargo, es posible señalar que el carácter global que tiene actualmente la autoconstrucción de los movimientos, está conduciendo a una parcial y paulatina *rematerialización del conflicto*. «Ello estaría haciéndonos entrar en una época de cierta recomposición en los movimientos de la brecha entre lo expresivo y lo instrumental al enlazar, en casi todas las formas de resistencia, la lucha en torno a viejas reivindicaciones de la izquierda (...) con las reivindicaciones nacidas de los ejes (también ya clásicos) definidos por las nuevas subjetividades antagonistas de las sociedades centrales» (Alonso y Ibáñez, 2011: 206-207).

RECIBIDO: septiembre de 2016, ACEPTADO: enero de 2017



BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, M. (1979): *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*. Madrid: Siglo XXI.
- Alonso, L.E. (1989): «Proceso de trabajo y objeto de consumo», en *Sociología del Trabajo*, n.º 8, pp. 59-80.
- (1998): «La producción social de la necesidad y la modernización de la pobreza. Una reflexión desde lo político», en Riechmann J. (ed.): *Necesitar, desear, vivir: sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Madrid: La Catarata.
- ALONSO, L.E. e IBÁÑEZ, R. (2011): «Los nuevos movimientos sociales en la España del Siglo XX», en Ibarra, P. y Cortina, M.: *Recuperando la radicalidad: un encuentro en torno al análisis político crítico*. Barcelona: Hacer.
- ANISI, D. (1988): *Trabajar con red*. Madrid: Alianza.
- ARVON, H. (1978): *El izquierdismo*. Barcelona: Oikos-Tau.
- BELTRÁN, M. (1988): «La legitimidad en las organizaciones», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 43, pp. 125-156.
- BELL, D. (1977): *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- BERIAIN, J. (1990): *Estado del bienestar, planificación e ideología*. Madrid: Editorial Popular.
- BRAVERMAN, H. (1974): *Labor and Monopoly Capital*. Nueva York: Monthly Review Press.
- CANTOR, N.F. (1973): *La era de la protesta. Oposición y rebeldía en el Siglo XX*. Madrid: Alianza.
- CARCHEDI, G. (1977): *On the Economic Identification of Social Classes*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- CASQUETE, J. (2001): «Nuevos y viejos movimientos sociales en perspectiva histórica», en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 6, pp. 196-216.
- COLOM, F. y MAS, S. (1988): «Críticas y alternativas a la democracia representativa: en torno al pensamiento político de Claus Offe», en J.M. González y F. Quesada (comps.): *Teorías de la democracia*. Barcelona: Anthropos.
- DAHRENDORF, R. (1979): *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Rialp.
- (1990): *El conflicto social moderno*. Madrid: Mondadori.
- DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (2011): *Los movimientos sociales*. Madrid: CIS/Editorial Complutense.
- DÍAZ, E. (1984): *De la maldad estatal y la soberanía popular*. Madrid: Debate.
- ECO, U. (1990): *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.
- ESTEVE, F. (1991): «La evolución del consumo», en M. Etxezarreta (comp.): *La reestructuración del capitalismo en España*. Barcelona: Icaria.
- ETZIONI, A. (1980): *La sociedad activa*. Madrid: Aguliar.
- GALBRAITH, J.K. (1983): *La anatomía del poder*. Barcelona: Plaza y Janés.
- (1989): *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- GINER, S. (1979): *Sociedad masa*. Barcelona: Península.
- GORZ, A. (1995): *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido*. Madrid: Sistema.
- GOUGH, I. (1982): *Economía política del Estado del bienestar*. Madrid: H. Blume.



- HABERMAS, J. (1982): *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- (1987): *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- HELLER, A. y FÉHER, F. (1985): *Anatomía de la izquierda occidental*. Barcelona: Península.
- HIRSCH, F. (1984): *Los límites sociales al crecimiento*. México: FCE.
- HIRSCHMAN, A.O. (1986): *Interés privado y acción pública*. México: FCE.
- INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: CIS.
- (1977): *The Silent Revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- KRIESI, H. (1988): «Local mobilization for the People's Petition of the Dutch Peace Movement», en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.): *From Structure to Action*. Greenwich: JAI Press.
- (1992): «Support and Mobilization potential for New Social Movements», en Diani, M. y Eyerman, R. (eds.): *Studying Collective Action*. Londres: Sage.
- LASCH, Ch. (1982): *Culture of Narcisim*. Nueva York: Columbia Universty Press.
- LENSKI, G. (1969): *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*. Buenos Aires, Paidós.
- MACPHERSON, C.B. (1979): *La teoría política del individualismo posesivo*. Barcelona: Fontanella.
- MARCUSE, H. (1969): *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral.
- (1975): *Un ensayo sobre la liberación*. México: Joaquín Mortiz.
- MARRAMAO, G. (1989): «Palabra-clave: metapolítica», en X. Palacios y E. Jarauta (comps.): *Razón ética y política. El conflicto en las sociedades modernas*. Barcelona: Anthropos.
- MASLOW, A. (1975): *Motivación y personalidad*. Barcelona: Sagitario.
- MATHIEU, L. (2004): *Comment lutter? Sociologie et mouvements sociaux*. París: Textuel.
- MELUCCI, A. (1987): «La sfida simbolica dei movimenti contemporanei», en *Problemi del Socialismo*, n.º 12, pp. 134-156.
- MILLS, Ch.W. (1963): *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MINSKY, H.P. (1986): *Las razones de Keynes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MISHRA, R. (1984): *The Welfare State in Crisis*. Brighton: Harvester Press.
- (1990): *The Welfare State in Capitalist Society*. Londres: Harvester/Wheatsheaf.
- NEWBY, H. (1979): *The Deferential Worker*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books.
- NICOLAUS, M. (1972): *El Marx desconocido*. Barcelona: Anagrama.
- OFFE, C. (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- (1990): *Contradicciones del Estado del bienestar*. Madrid: Alianza.
- ORTÍ, A. (1987): «Estratificación social y estructura de poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa», en AA.VV.: *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrrol*. Madrid: CIS/CESCO, pp. 711-739.
- PARKIN, F. (1968): *Middle Class Radicalism*. Manchester: Manchester University Press.
- PRZEWORSKI, A. (1988): *Capitalismo y socialdemocracia*. Madrid: Alianza.
- RIECHMANN, J. (1991): *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*. Madrid: Revolución.
- RIESMAN, D. (1969): *L'abondance a quoi bon?* París: Robert Laffont.



- RIESMAN, D. (1981): *La muchedumbre solitaria*. Barcelona: Paidós.
- SABEL, Ch. (1985): *Trabajo y política. La división del trabajo en la industria*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- SCHMITTER, Ph. (1990): «El corporatismo ha muerto ¡larga vida al corporatismo!», en A. Ojeda Avilés (comp.): *La concertación social tras la crisis*. Barcelona: Ariel.
- TOURAINÉ, A. (1969): *Sociología de la acción*. Barcelona: Ariel.
- TOURAINÉ, A. y otros (1984): *Le mouvement ouvrier*. París: Fayard.
- WRIGHT, E.O. (1983): *Clase, crisis y Estado*. Madrid: Siglo XXI.
- (1985): *Classes*. Londres: Verso/NLB.

